

Otto Rühle

La lucha contra el fascismo comienza con la lucha contra el bolchevismo (1939)

**Este artículo de Otto Rühle apareció en la revista consejista
estadounidense *Living Marxism* (Vol. 4, No. 8, 1939)**

**En 1981 fue reimpresso como folleto en el Reino
Unido por ediciones Bratach Dubh.**

**Parece estar basado en un texto mucho más
extenso, parte del cual fue publicado en francés
como “Fascisme Brun, Fascisme Rouge” por
Spartacus en 1975 (Série B — No 63). Éste, es parte
de un texto aún más extenso en alemán llamado
"Weltkrieg — Weltfaschismus — Weltrevolution".**

Tradujo: La inteligencia artificial

Revisión y edición: Non Lavoro

I.

Rusia debe situarse en el primer lugar entre los nuevos estados totalitarios. Fue el primero en adoptar el principio del estado nuevo. Fue más lejos en su aplicación. Fue el primero en instaurar una dictadura constitucional, con el sistema de terror político y administrativo que la acompaña. Adoptando todas las características

del estado total, se convirtió así en el modelo para aquellos otros países que se vieron obligados a acabar con el sistema de estado democrático y cambiar a un gobierno dictatorial. Rusia fue el ejemplo para el fascismo.

Aquí no se trata de un accidente, ni de una mala broma de la historia. La duplicación de sistemas aquí no es aparente sino real. Todo apunta a que aquí tenemos que tratar expresiones y consecuencias de principios idénticos aplicados a diferentes niveles de desarrollo histórico y político. Les guste o no a los "comunistas" del partido, el hecho es que el orden estatal y el gobierno en Rusia son indistinguibles de los de Italia y Alemania. Esencialmente son iguales. Se puede hablar de un "estado soviético" rojo, negro o pardo, así como de fascismo rojo, negro o pardo. Aunque existen ciertas diferencias ideológicas entre estos países, la ideología nunca es de importancia primordial. Las ideologías, además, son cambiantes y tales cambios no reflejan necesariamente el carácter y las funciones del aparato estatal. Además, el hecho de que la propiedad privada todavía exista en Alemania e Italia es sólo una modificación de importancia secundaria. La abolición de la propiedad privada por sí sola no garantiza el socialismo. La propiedad privada dentro del capitalismo también puede abolirse. Lo que realmente determina una sociedad socialista, además de la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, es el control de los trabajadores sobre los productos de su trabajo y el fin del sistema salarial. Ambos logros no se cumplen en Rusia, y así tampoco en Italia y Alemania. Aunque algunos pueden asumir que Rusia está un paso más cerca del socialismo que los otros países, no se sigue que su "estado soviético" haya ayudado al proletariado internacional a acercarse de alguna manera a sus objetivos en la lucha de clases. Por el contrario, el hecho de que Rusia se autodenomine estado socialista, confunde y engaña a los trabajadores del mundo. El trabajador pensante sabe lo que es el fascismo y lo combate, pero con respecto a Rusia, con demasiada frecuencia se inclina a aceptar el mito de su naturaleza socialista. Este engaño obstaculiza una ruptura total y decidida con el fascismo, porque obstaculiza la lucha de principios contra las razones, precondiciones y

circunstancias que en Rusia, como en Alemania e Italia, han llevado a un estado y un sistema de gobierno idénticos. Así, el mito ruso se convierte en un arma ideológica de la contrarrevolución.

No es posible que los hombres sirvan a dos amos. Tampoco puede un estado totalitario hacer tal cosa. Si el fascismo sirve a los intereses capitalistas e imperialistas, no puede satisfacer las necesidades de los trabajadores. Si, a pesar de esto, dos clases aparentemente opuestas favorecen el mismo sistema estatal, es obvio que algo debe andar mal. Una u otra clase debe estar errada. Nadie debería decir aquí que el problema es meramente de forma y que, por lo tanto, carece de real importancia, que, aunque las formas políticas son idénticas, su contenido puede variar ampliamente. Esto sería un autoengaño. Para el marxista tales cosas no ocurren; para él la forma y el contenido encajan entre sí y no pueden divorciarse. Ahora bien, si el Estado soviético sirve de modelo para el fascismo, debe contener elementos estructurales y funcionales que también son comunes al fascismo. Para determinar cuáles son, debemos volver al "sistema soviético" establecido por el leninismo, que es la aplicación de los principios del bolchevismo a las condiciones rusas. Y si se puede establecer una identidad entre bolchevismo y fascismo, entonces el proletariado no puede luchar al mismo tiempo contra el fascismo y defender el "sistema soviético" ruso. En cambio, la lucha contra el fascismo debe comenzar con la lucha contra el bolchevismo.

II.

Desde el principio, el bolchevismo fue para Lenin un fenómeno puramente ruso. Durante los muchos años de su actividad política, nunca intentó elevar el sistema bolchevique a formas de lucha en otros países. Era un socialdemócrata que veía en Bebel y Kautsky a líderes geniales de la clase obrera, e ignoró al ala izquierda del movimiento socialista alemán que luchaba contra estos héroes de Lenin y contra todos los demás oportunistas. Ignorándolos, siguió en un constante aislamiento, rodeado por un pequeño grupo de emigrantes rusos, y

permaneció bajo la influencia de Kautsky incluso cuando la "izquierda" alemana, bajo el liderazgo de Rosa Luxemburg, ya estaba comprometida en una lucha abierta contra el kautskismo.

A Lenin sólo le preocupaba Rusia. Su objetivo era el fin del sistema feudal zarista y la conquista de la mayor cantidad posible de influencia política para su partido socialdemócrata dentro de la sociedad burguesa. Sin embargo, [el partido] se dio cuenta de que sólo podía permanecer en el poder e impulsar el proceso de socialización si pudiese desencadenar la revolución mundial de los trabajadores. Pero su actividad a este respecto fue bastante infeliz. Al ayudar a que los trabajadores alemanes volvieran a los partidos, los sindicatos y el parlamento, y mediante la simultánea destrucción del movimiento de consejos (soviets) alemán, los bolcheviques echaron una mano a la derrota de la revolución europea que se estaba despertando.

El Partido Bolchevique, formado por revolucionarios profesionales por un lado y grandes masas atrasadas por el otro, permaneció aislado. No pudo desarrollar un sistema soviético real en los años de guerra civil, intervención, declive económico, experimentos fallidos de socialización y del improvisado Ejército Rojo. Aunque los soviets, que fueron desarrollados por los mencheviques, no encajaban en el esquema bolchevique, fue con su ayuda que los bolcheviques llegaron al poder. Con la estabilización del poder y el proceso de reconstrucción económica, el Partido Bolchevique no supo coordinar el extraño sistema soviético con sus propias decisiones y actividades. Sin embargo, el socialismo era también el deseo de los bolcheviques y necesitaba del proletariado mundial para su realización.

Lenin pensó que era esencial ganarse a los trabajadores del mundo para los métodos bolcheviques. Era inquietante que los trabajadores de otros países, a pesar del gran triunfo del bolchevismo, mostrasen poca inclinación a aceptar por sí mismos la teoría y la práctica bolchevique, y más bien tendieran en la dirección del movimiento de consejos, que surgió en varios países y especialmente en Alemania.

Lenin ya no podía utilizar en Rusia a este movimiento de consejos. En otros países europeos se mostraron fuertes tendencias de oposición al tipo de levantamientos bolcheviques. A pesar de la tremenda propaganda de Moscú en todos los países, los llamados "ultraizquierdistas", como señaló el propio Lenin, agitaron con más éxito por la revolución sobre la base del movimiento de consejos, que todos los propagandistas enviados por el Partido Bolchevique. El Partido Comunista, siguiendo al bolchevismo, siguió siendo un grupo pequeño, histérico y ruidoso, formado en gran parte por los jirones proletarizados de la burguesía, mientras que el movimiento de consejos ganó en fuerza proletaria real y atrajo a los mejores elementos de la clase obrera. Para hacer frente a esta situación, hubo que aumentar la propaganda bolchevique; había que atacar a la "ultraizquierda"; su influencia tuvo que ser destruida en favor del bolchevismo.

Dado que el sistema soviético había fracasado en Rusia, ¿cómo podría la "competencia" radical atreverse a intentar demostrar al mundo que lo que no pudo lograr el bolchevismo en Rusia podría muy bien realizarse independientemente del bolchevismo en otros lugares? Contra esta competencia, Lenin escribió su panfleto "*La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*", dictado por el miedo a perder el poder y por la indignación por el éxito de los herejes. Al principio este panfleto apareció con el subtítulo "Intento de una exposición popular de la estrategia y táctica marxista", pero luego esta declaración demasiado ambiciosa y tonta fue eliminada. Era un poco demasiado. Esta bula papal agresiva, cruda y odiosa era material real para cualquier contrarrevolucionario. De todas las declaraciones programáticas del bolchevismo, fue la más reveladora de su carácter real. Es el bolchevismo desenmascarado. Cuando en 1933 Hitler suprimió toda la literatura socialista y comunista en Alemania, se permitió la publicación y distribución del panfleto de Lenin.

En cuanto al contenido del panfleto, no nos interesa aquí lo que dice en relación con la Revolución Rusa, la historia del bolchevismo, la polémica entre el bolchevismo y otras corrientes del movimiento obrero, o las circunstancias que permitieron la victoria bolchevique,

sino únicamente los puntos principales con los que en el momento de la discusión entre Lenin y el “ultraizquierdismo”, se ilustraron las diferencias decisivas entre los dos oponentes.

III.

El Partido Bolchevique, originalmente la sección socialdemócrata rusa de la Segunda Internacional, no se construyó en Rusia sino durante la emigración. Después de la escisión de Londres en 1903, el ala bolchevique de la socialdemocracia rusa no era más que una pequeña secta. Las "masas" detrás de él existían solo en el cerebro de su líder. Sin embargo, esta pequeña vanguardia era una organización estrictamente disciplinada, siempre lista para las luchas militantes y continuamente purgada para mantener su integridad. El partido era considerado la academia de guerra de revolucionarios profesionales. Sus requisitos pedagógicos sobresalientes eran la autoridad incondicional del líder, el centralismo rígido, la disciplina férrea, la conformidad, la militancia y el sacrificio de la personalidad por los intereses del partido. Lo que Lenin desarrolló realmente fue una élite de intelectuales, un centro que, cuando se lanzara a la revolución conquistaría el liderazgo y asumiría el poder. De nada sirve tratar de determinar de manera lógica y abstracta si este tipo de preparación para la revolución es correcta o incorrecta. El problema debe resolverse dialécticamente. También deben plantearse otras preguntas: ¿Qué tipo de revolución se estaba preparando? ¿Cuál fue el objetivo de la revolución?

El partido de Lenin operó dentro de la tardía revolución burguesa en Rusia para derrocar al régimen feudal del zarismo. Cuanto más centralizada fuera la voluntad del partido dirigente en tal revolución y más decidida, más éxito acompañaría al proceso de formación del Estado burgués y más prometedora sería la posición de la clase proletaria en el marco de la política del nuevo estado. Sin embargo, lo que puede considerarse como una solución feliz a los problemas revolucionarios en una revolución burguesa, no puede al mismo tiempo

ser pronunciado como una solución para la revolución proletaria. La diferencia estructural decisiva entre la burguesía y la nueva sociedad socialista excluye dicha actitud.

Según el método revolucionario de Lenin, los líderes aparecen como la cabeza de las masas. Poseyendo la debida escolaridad revolucionaria, son capaces de comprender situaciones y dirigir y comandar las fuerzas combatientes. Son revolucionarios profesionales, los generales del gran ejército civil. Esta distinción entre cabeza y cuerpo, intelectuales y masas, oficiales y particulares, corresponde a la dualidad de la sociedad de clases, al orden social burgués. Una clase está educada para gobernar; la otra para ser gobernada. De esta vieja fórmula de clase surgió el concepto de partido de Lenin. Su organización es solo una réplica de la realidad burguesa. Su revolución está determinada objetivamente por las fuerzas que crean un orden social que incorpora estas relaciones de clase, independientemente de las metas subjetivas que acompañen a este proceso.

Quien quiera tener un orden burgués encontrará en el divorcio del líder y las masas, la vanguardia y la clase obrera, la preparación estratégica adecuada para la revolución. Cuanto más inteligente, educada y superior sea la dirección y cuanto más disciplinadas y obedientes sean las masas, más posibilidades tendrá de triunfar una revolución de este tipo. Al aspirar a la revolución burguesa en Rusia, el partido de Lenin era el más apropiado para su objetivo.

Sin embargo, cuando la revolución rusa cambió de carácter, cuando sus rasgos proletarios se destacaron más, los métodos tácticos y estratégicos de Lenin dejaron de tener valor. Si de todos modos tuvo éxito no fue por su vanguardia, sino por el movimiento de los soviets que no había sido incorporado en absoluto a sus planes revolucionarios. Y cuando Lenin, después de la exitosa revolución que hicieron los soviets, prescindió de nuevo de este movimiento, también prescindió de todo lo que había sido proletario en la Revolución Rusa. El carácter burgués de la Revolución volvió a salir a la luz y encontró su culminación natural en el estalinismo.

A pesar de su gran preocupación por la dialéctica marxista, Lenin no fue capaz de ver los procesos históricos sociales de una manera dialéctica. Su pensamiento siguió siendo mecanicista, siguiendo reglas rígidas. Para él solo había un partido revolucionario: el suyo; solo una revolución: la rusa; un solo método: el bolchevique. Y lo que había funcionado en Rusia funcionaría también en Alemania, Francia, Estados Unidos, China y Australia. Lo que fue correcto para la revolución burguesa en Rusia sería correcto también para la revolución proletaria mundial. La aplicación monótona de una fórmula, una vez descubierta, se movió en un círculo egocéntrico no perturbado por el tiempo y las circunstancias, grados de desarrollo, estándares culturales, ideas y personas. En Lenin salió a la luz con gran claridad el dominio de la era de las máquinas en la política; fue el "técnico", el "inventor", de la revolución, el representante de la voluntad todopoderosa del líder. Todas las características fundamentales del fascismo estaban en su doctrina, su estrategia, su "planificación" social y su arte para tratar con las personas. No veía el profundo significado revolucionario del rechazo de la izquierda a las políticas tradicionales del partido. No podía comprender la importancia real del movimiento de soviets para la orientación socialista de la sociedad. Nunca aprendió a conocer los requisitos previos para la liberación de los trabajadores. Autoridad, liderazgo, fuerza ejercida por un lado, y organización, cuadros, subordinación por el otro, tal era su línea de razonamiento. Disciplina y dictadura son las palabras más frecuentes en sus escritos. Es comprensible, entonces, por qué no pudo comprender ni apreciar las ideas y acciones de la "ultraizquierda", que no aceptaría su estrategia y que demandó lo que era más obvio y más necesario para la lucha revolucionaria por el socialismo, vale decir, que los trabajadores tomasen de una vez por todas su destino en sus propias manos.

IV.

Tomar su destino en sus propias manos, estas palabras clave para todas las cuestiones del socialismo, fue el verdadero problema en todas las polémicas entre los ultraizquierdistas y los bolcheviques. El

desacuerdo sobre la cuestión del partido fue paralelo al desacuerdo sobre el sindicalismo. La ultraizquierda opinó que ya no había lugar para los revolucionarios en los sindicatos; que era más bien necesario para ellos desarrollar sus propias formas organizativas dentro de las fábricas, los lugares de trabajo comunes. Sin embargo, gracias a su inmerecida autoridad, los bolcheviques, incluso en las primeras semanas de la revolución alemana, habían podido hacer retroceder a los trabajadores a los sindicatos capitalistas reaccionarios. Para combatir a los ultraizquierdistas, para denunciarlos de estúpidos y contrarrevolucionarios, Lenin vuelve a hacer uso en su panfleto de sus fórmulas mecanicistas. En sus argumentos contra la posición de la izquierda, no se refiere a los sindicatos alemanes sino a las experiencias sindicales de los bolcheviques en Rusia. Que en sus inicios los sindicatos fueron de gran importancia para la lucha de clases proletaria es un hecho generalmente aceptado. Los sindicatos de Rusia eran jóvenes y justificaban el entusiasmo de Lenin. Sin embargo, la situación era diferente en otras partes del mundo. Útiles y progresistas en sus inicios, los sindicatos de los países capitalistas más antiguos se habían convertido en obstáculos en el camino de la liberación de los trabajadores. Se habían convertido en instrumentos de la contrarrevolución y la izquierda alemana sacó sus conclusiones de este cambio de situación.

El propio Lenin no pudo evitar declarar que con el paso del tiempo se había desarrollado una capa de "aristocracia obrera estrictamente sindicalista, imperialista, arrogante, vanidosa, estéril, egoísta, pequeñoburguesa, sobornada y desmoralizada". Este gremio de corrupción, este liderazgo de gánsteres, gobierna hoy el movimiento sindical mundial y vive a espaldas de los trabajadores. De este movimiento sindical hablaba la ultraizquierda cuando exigía que los trabajadores lo abandonaran. Lenin, sin embargo, respondió demagógicamente señalando al joven movimiento sindical en Rusia que todavía no compartía el carácter de los sindicatos establecidos desde hace mucho tiempo en otros países. Empleando una experiencia específica en un período dado y bajo circunstancias particulares, pensó que era posible extraer de ella conclusiones de aplicación mundial. El

revolucionario, argumentó, debe estar siempre donde están las masas. Pero, en realidad, ¿dónde están las masas? ¿En oficinas sindicales? ¿En las reuniones de membresía? ¿En las reuniones secretas de la dirección con los representantes capitalistas? No, las masas están en las fábricas, en sus lugares de trabajo; y allí es necesario efectuar su cooperación y fortalecer su solidaridad. La organización de fábrica, el sistema de consejos, es la verdadera organización de la revolución, que debe reemplazar a todos los partidos y sindicatos.

En las organizaciones de fábrica no hay lugar para el liderazgo profesional, no hay divorcio entre líderes y seguidores, no hay distinción de casta entre los intelectuales y la base, no hay motivos para el egoísmo, la competencia, la desmoralización, la corrupción, la esterilidad y el filisteísmo. Aquí los trabajadores deben tomar su suerte en sus propias manos.

Pero Lenin pensaba de otra manera. Quería preservar los sindicatos; para cambiarlos desde dentro; destituir a los funcionarios socialdemócratas y reemplazarlos por funcionarios bolcheviques; para reemplazar una mala burocracia por una buena. El malo crece en una socialdemocracia; el bueno del bolchevismo.

Mientras tanto, veinte años de experiencia han demostrado la idiotez de tal noción. Siguiendo el consejo de Lenin, los comunistas han intentado todos y cada uno de los métodos para reformar los sindicatos. El resultado fue nulo. El intento de formar sus propios sindicatos fue igualmente nulo. La competencia entre el trabajo sindical socialdemócrata y bolchevique era una competencia en corrupción. Las energías revolucionarias de los trabajadores se agotaron en este mismo proceso. En lugar de concentrarse en la lucha contra el fascismo, los trabajadores estaban comprometidos en una experimentación sin sentido y sin resultados en interés de diversas burocracias. Las masas perdieron la confianza en sí mismas y en "sus" organizaciones. Se sintieron engañados y traicionados. Los métodos del fascismo, dictar cada paso de los trabajadores, dificultar el despertar de la iniciativa propia, sabotear todos los comienzos de la

conciencia de clase, desmoralizar a las masas con innumerables derrotas y hacerlas impotentes, todos estos métodos ya se habían desarrollado en los veinte años de trabajo en los sindicatos de acuerdo con los principios bolcheviques. La victoria del fascismo fue tan fácil porque los líderes obreros de los sindicatos y los partidos les habían preparado el material humano capaz de encajar en el esquema fascista de las cosas.

V.

También en la cuestión del parlamentarismo, Lenin aparece en el papel de defensor de una institución política decadente que se había convertido en un obstáculo para un mayor desarrollo político y en un peligro para la emancipación proletaria. Los ultraizquierdistas lucharon contra el parlamentarismo en todas sus formas. Se negaron a participar en las elecciones y no respetaron las decisiones parlamentarias. Lenin, sin embargo, se esforzó mucho en las actividades parlamentarias y les dio mucha importancia. La ultraizquierda declaró el parlamentarismo históricamente pasado de moda incluso como tribuna para la agitación, y no vio en él más que una fuente continua de corrupción política tanto para los parlamentarios como para los trabajadores. Embotó la conciencia revolucionaria y la coherencia de las masas al crear ilusiones de reformas legalistas, y en ocasiones críticas el parlamento se convirtió en un arma de la contrarrevolución. Había que destruirlo o, donde nada más era posible, sabotearlo. La tradición parlamentaria, que todavía juega un papel en la conciencia proletaria, debía ser combatida.

Para lograr el efecto contrario, Lenin utilizó el truco de hacer una distinción entre las instituciones histórica y políticamente anticuadas. Argumentó que, ciertamente, el parlamentarismo era históricamente obsoleto, pero no políticamente, y habría que tenerlo en cuenta. Habría que participar porque todavía juega un papel político.

¡Qué argumento! El capitalismo también es sólo histórica y no políticamente obsoleto. Según la lógica de Lenin, entonces no es

posible luchar contra el capitalismo de manera revolucionaria. Más bien, habría que llegar a un compromiso. Oportunismo, negociación, regateo político, ésa sería la consecuencia de la táctica de Lenin. La monarquía también ha sido solo históricamente superada, pero no políticamente. Según Lenin, los trabajadores no tendrían derecho a eliminarla, sino que estarían obligados a encontrar una solución de compromiso. La misma historia sería cierta con respecto a la iglesia, también históricamente pero no políticamente anticuada. Además, la gente asiste en grandes masas a la iglesia. Como revolucionario, señaló Lenin, había que estar donde están las masas. La coherencia le obligaría a decir “Entra a la Iglesia; ¡Es tu deber revolucionario!” Finalmente, está el fascismo. Un día, también, el fascismo será históricamente anticuado, pero políticamente seguirá existiendo. Entonces, ¿qué hacer? Aceptarlo y hacer un compromiso con el fascismo. Según el razonamiento de Lenin, un pacto entre Stalin y Hitler solo ilustraría que Stalin es en realidad el mejor discípulo de Lenin. Y no sorprenderá en absoluto que en un futuro próximo los agentes bolcheviques aclamen el pacto entre Moscú y Berlín como la única táctica revolucionaria real.

La posición de Lenin sobre la cuestión del parlamentarismo es sólo una ilustración adicional de su incapacidad para comprender las necesidades y características esenciales de la revolución proletaria. Su revolución es enteramente burguesa; es una lucha por la mayoría, por puestos gubernamentales, por el control de la máquina de leyes. De hecho, pensó que era importante obtener el mayor número de votos posible en las campañas electorales, tener una fracción bolchevique fuerte en los parlamentos, ayudar a determinar la forma y el contenido de la legislación, participar en el gobierno político. No se dio cuenta en absoluto de que hoy el parlamentarismo es un mero engaño, una ficción vacía, y que el poder real de la sociedad burguesa descansa en lugares completamente diferentes; que a pesar de todas las posibles derrotas parlamentarias, la burguesía todavía tendría a mano los medios suficientes para hacer valer su voluntad e interés en los campos no parlamentarios. Lenin no vio los efectos desmoralizadores que el parlamentarismo tenía sobre las masas, no notó el envenenamiento de

la moral pública a través de la corrupción parlamentaria. Sobornados, comprados y atemorizados, los políticos parlamentarios temían por sus ingresos. Hubo un tiempo en la Alemania prefascista en que los reaccionarios del parlamento podían aprobar cualquier ley deseada simplemente amenazando con provocar la disolución del parlamento. No había nada más terrible para los políticos parlamentarios que tal amenaza que implicaba el fin de sus fáciles ingresos. Para evitar tal fin, dirían que sí a cualquier cosa. ¿Y cómo es hoy en Alemania, en Rusia, en Italia? Los ilotas parlamentarios no tienen opiniones ni voluntad, y no son más que sirvientes voluntarios de sus amos fascistas.

No cabe duda de que el parlamentarismo está completamente degenerado y corrupto. Pero, ¿por qué no detuvo el proletariado este deterioro de un instrumento político que alguna vez había sido utilizado para sus fines? Acabar con el parlamentarismo con un acto revolucionario heroico habría sido mucho más útil y educativo para la conciencia proletaria que el teatro miserable en el que ha terminado el parlamentarismo en la sociedad fascista. Pero esa actitud era completamente ajena a Lenin, como lo es hoy día a Stalin. A Lenin no le preocupaba la libertad de los trabajadores de su esclavitud física y mental; no le molestaba la falsa conciencia de las masas y su autoalienación humana. Para él, todo el problema era ni más ni menos que un problema de poder. Como un burgués, pensó en términos de ganancias y pérdidas, más o menos, crédito y débito; y todos sus cálculos comerciales se refieren únicamente a cosas externas: cifras de miembros, número de votos, escaños en los parlamentos, puestos de control. Su materialismo es un materialismo burgués, que trata de mecanismos, no de seres humanos. Realmente no es capaz de pensar en términos sociohistóricos. Para él, el parlamento es el parlamento; un concepto abstracto en el vacío, que tiene el mismo significado en todas las naciones, en todo momento. Ciertamente reconoce que el parlamento pasa por diferentes etapas, y lo señala en sus discusiones, pero no utiliza sus propios conocimientos en su teoría y práctica. En su polémica pro-parlamentaria se esconde detrás de los primeros parlamentos capitalistas en la etapa ascendente del

capitalismo, para no quedarse sin argumentos. Y si ataca a los viejos parlamentos, es desde el punto de vista de los jóvenes y los pasados de moda. En definitiva, decide que la política es el arte de lo posible. Sin embargo, la política para los trabajadores es el arte de la revolución.

VI.

Queda por abordar la posición de Lenin sobre la cuestión de los compromisos. Durante la Guerra Mundial, la socialdemocracia alemana se vendió a la burguesía. Sin embargo, muy en contra de su voluntad, heredó la revolución alemana. Esto fue posible en gran medida gracias a la ayuda de Rusia, que contribuyó a acabar con el movimiento de consejos alemanes. El poder que había caído en el regazo de la socialdemocracia no sirvió para nada. La socialdemocracia simplemente renovó su vieja política de colaboración de clases, satisfecha de compartir el poder sobre los trabajadores con la burguesía en el período de reconstrucción del capitalismo. Los trabajadores radicales alemanes contrarrestaron esta traición con este lema, "No hay compromiso con la contrarrevolución". Se trataba de un caso concreto, una situación concreta, que exigía una decisión clara. Lenin, incapaz de reconocer los verdaderos problemas en juego, hizo de esta cuestión concreta específica un problema general. Con aire de general y la infalibilidad de cardenal, intentó persuadir a la ultraizquierda de que los compromisos con los opositores políticos en todas las condiciones son un deber revolucionario. Si hoy uno lee esos pasajes del panfleto de Lenin que tratan de los compromisos, uno se inclina a comparar los comentarios de Lenin en 1920 con la actual política de compromisos de Stalin. No hay un solo pecado mortal de la teoría bolchevique que no se haya convertido en una realidad bolchevique bajo Lenin.

Según Lenin, los ultraizquierdistas deberían haber estado dispuestos a firmar el Tratado de Versalles. Sin embargo, el Partido Comunista, todavía de acuerdo con Lenin, hizo un compromiso y protestó contra el Tratado de Versalles en colaboración con los hitlerianos. El "bolchevismo nacional" propagado en 1919 en Alemania por el

izquierdista Laufenberg era, en opinión de Lenin, "un absurdo que clama al cielo". Pero Radek y el Partido Comunista, de nuevo de acuerdo con el principio de Lenin, llegaron a un compromiso con el nacionalismo alemán, protestaron contra la ocupación de la cuenca del Ruhr y celebraron al héroe nacional Schlageter. La Liga de las Naciones era, en palabras del propio Lenin, "una banda de ladrones y bandidos capitalistas", contra quienes los trabajadores sólo podían luchar hasta el amargo final. Sin embargo, Stalin —de acuerdo con la táctica de Lenin— hizo un compromiso con estos mismos bandidos y la URSS entró en la Liga. El concepto de "folk" o "pueblo" es en opinión de Lenin una concesión criminal a la ideología contrarrevolucionaria de la pequeña burguesía. Esto no impidió que los leninistas, Stalin y Dimitrov, hicieran un compromiso con la pequeña burguesía para lanzar el monstruoso movimiento del "Frente Popular". Para Lenin, el imperialismo era el mayor enemigo del proletariado mundial y contra él había que movilizar todas las fuerzas. Pero Stalin, de nuevo a la manera verdaderamente leninista, está bastante ocupado preparando una alianza con el imperialismo de Hitler. ¿Es necesario ofrecer más ejemplos? La experiencia histórica enseña que todos los compromisos entre revolución y contrarrevolución sólo pueden servir a esta última. Sólo conducen a la quiebra del movimiento revolucionario. Toda política de compromiso es una política de quiebra. Lo que comenzó como un mero compromiso con la socialdemocracia alemana encontró su fin en Hitler. Lo que Lenin justificó como un compromiso necesario encontró su fin en Stalin. Al diagnosticar el no compromiso revolucionario como "una enfermedad infantil del comunismo", Lenin sufría la enfermedad de la vejez del oportunismo, del pseudocomunismo.

VII.

Si uno mira con ojos críticos la imagen del bolchevismo proporcionada por el folleto de Lenin, los siguientes puntos principales pueden reconocerse como características del bolchevismo:

1. El bolchevismo es una doctrina nacionalista. Original y esencialmente concebida para resolver un problema nacional, fue posteriormente elevada a teoría y práctica de alcance internacional y a doctrina general. Su carácter nacionalista sale a la luz también en su posición sobre la lucha por la independencia nacional de las naciones reprimidas.

2. El bolchevismo es un sistema autoritario. La cima de la pirámide social es el punto más importante y determinante. La autoridad se realiza en la persona todopoderosa. En el mito del líder, el ideal de la personalidad burguesa celebra sus mayores triunfos.

3. Organizacionalmente, el bolchevismo es muy centralista. El comité central tiene la responsabilidad de toda iniciativa, liderazgo, instrucción, comandos. Como en el estado burgués, los miembros dirigentes de la organización desempeñan el papel de la burguesía; el único papel de los trabajadores es obedecer órdenes.

4. El bolchevismo representa una política de poder militante. Interesado exclusivamente en el poder político, no es diferente de las formas de gobierno en el sentido burgués tradicional. Incluso en la organización propiamente dicha no hay autodeterminación por parte de los miembros. El ejército sirve al partido como gran ejemplo de organización.

5. El bolchevismo es dictadura. Operando con fuerza bruta y medidas terroristas, dirige todas sus funciones hacia la supresión de todas las instituciones y opiniones no bolcheviques. Su “dictadura del proletariado” es la dictadura de una burocracia o de una sola persona.

6. El bolchevismo es un método mecanicista. Aspira a la coordinación automática, la conformidad técnicamente asegurada y el totalitarismo más eficaz como meta del orden social. La economía centralista “planificada” confunde conscientemente los problemas técnico-organizativos con cuestiones socioeconómicas.

7. La estructura social del bolchevismo es de naturaleza burguesa. No suprime el sistema salarial y rechaza la autodeterminación proletaria sobre los productos del trabajo. Con ello permanece fundamentalmente dentro del marco de clase del orden social burgués. El capitalismo se perpetúa.

8. El bolchevismo es un elemento revolucionario sólo en el marco de la revolución burguesa. Incapaz de realizar el sistema soviético, es incapaz de transformar esencialmente la estructura de la sociedad burguesa y su economía. No establece el socialismo sino el capitalismo de estado.

9. El bolchevismo no es un puente que conduzca finalmente a la sociedad socialista. Sin el sistema soviético, sin la revolución radical total de los hombres y las cosas, no puede cumplir la más esencial de todas las demandas socialistas, que es terminar con la autoalienación humana capitalista. Representa la última etapa de la sociedad burguesa y no el primer paso hacia una nueva sociedad.

Estos nueve puntos representan una oposición infranqueable entre bolchevismo y socialismo. Demuestran con toda la claridad necesaria el carácter burgués del movimiento bolchevique y su estrecha relación con el fascismo. Nacionalismo, autoritarismo, centralismo, dictadura de líderes, políticas de poder, gobierno del terror, dinámica mecanicista, incapacidad para socializar: todas estas características esenciales del fascismo existían y existen en el bolchevismo. El fascismo es simplemente una copia del bolchevismo. Por eso la lucha contra uno debe comenzar con la lucha contra el otro.